

FRANCISCO RODRIGUEZ BATLLORI

VIAJE
AL
PASADO



1988

Para mi admirar
Amigo José Miguel Abenda.
Cada día más y más fuerte
atrop.

Bellón

Madrid 22/x/58.

VIAJE AL PASADO

FRANCISCO RODRIGUEZ BATLLORI

VIAJE
AL
PASADO



1988

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

ST

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	137744
N.º Copia	782818

© Francisco Rodríguez Batllori
I.S.B.N.: 84-404-3136-1988
Depósito legal: M. 34728-1988
Impreso en España
Printed in Spain
Artes Gráficas Clavileño, S. A.
Pantoja, 20 - 28002 MADRID

*A María Antonia, mi mujer, que
comparte, fomenta y estimula mi filial e
invariable devoción por Gáldar*

PROLOGO

Con este Viaje al pasado recibimos una nueva lección del bien hacer, como escritor y poeta, de Francisco Rodríguez Batllori. En su ya amplia bibliografía se nos muestra una silenciosa, atenta curiosidad evocadora, en la pluralidad de temas elegidos para su estudio y meditación: desde sus biografías documentadas y su universo poético hasta el itinerario de sus viajes, de los cuales forma parte este Viaje al pasado que el lector tiene en sus manos.

Se nos aparece aquí, como protagonista, el Tiempo. Ese Tiempo que preocupó a San Agustín, descubridor del «existencialismo», quien al no poder definir el Tiempo en su esencialidad, lo clasifica desde el Presente, en una trilogía que abarca la vida humana y que él denomina «praesens de praeterita memoria», «praesens de presentibus contuitus» y «praesens de futuris expetatio». El tiempo que acoge a nuestro viajero es el pasado, es decir, el de «praeterita memoria». Y la memoria de ese pasado es la que nos presenta en su peregrinaje por tierras de Gáldar, en su intimidad.

Otra nota que nos ofrece esta meditación es la substantividad de lo que llamamos Recuerdo. Recordar es volver a vivir en el tiempo. Existir, por tanto. Traer al presente, con la memoria, el acaecer del que fuimos testigos o autores. Recordar no es lo mismo que acordarse. Se acuerda uno de un detalle, de una fecha, de un nombre. Algo individualizado, fragmentado. Se recuerda un todo; un instante que se integra en nuestra vida en su totalidad, no fragmentado. Esos recuerdos que, como dice el autor, «hacen florecer resonancias interiores». De esta unión de memoria y recuerdo nace la unidad, lo que denomina Rodríguez Batllori «aire ambiente»; algo que trasciende a las propias figuras, que supera el seco «espíritu de geometría» y es sustituido por el «espíritu de fineza», como diría Pascal. Ese vivir lo que es parte de algo, como un todo.

El itinerario de nuestro viajero por tierras de Gáldar abarca una totalidad de imágenes y valores. Contemplamos las cosas y los seres en su lejanía en el tiempo y su proximidad en el recuerdo. Así, los caminos recorridos, los callejones por los que hemos deambulado, la huerta y su verdura, el mar, «ese amigo de la infancia»... Las vidas, los «signos dramáticos» que atormentan a seres que viven su tragedia interior en silencio; el que no ha logrado sus aspiraciones. Esas otras vidas como la del «Zahorí» y su mendicidad orgullosa; el «Cabitó» y su sentido de la disciplina; «Masito», el artesano prodigioso. La vida social personificada en el Casi

no, en la tertulia y, finalmente, la vita total entre la Iglesia y el Cementerio: la Iglesia, en la que se nace; el Cementerio en el que se muere. Una Iglesia con sus fiestas sacrales, un Cementerio con su silencio y sus sollozos.

Digamos como colofón a estas consideraciones que Francisco Rodríguez Batllori puede hacer suyas las palabras del Evangelista San Mateo: «Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso.» Y en efecto, la mirada luminosa del autor siembra de luz vidas oscuras y paisajes que sin él no existirían. Nos dice: «La memoria es una pavesa que se convierte en hoguera y llama viva.» Y nosotros añadimos: el Recuerdo es esta Memoria, que arde en el corazón y nos devuelve la vida.

La sensibilidad de Francisco Rodríguez Batllori, su estilo de pensar y de sentir, sereno, sin impaciencias, deteniendo el instante fugitivo, nos recuerda aquellos versos de Joan Maragall, que citamos de memoria; ¡siempre la memoria!: «No sé cómo hay quien dice, a todo instante, ¡pasa!/si no es el de su muerte/Cuando yo ¡Señor!, querría detener tantos momentos/y eternizarlos en mi corazón.»

Esperemos que esta luz del protagonista de Viaje al pasado, Hijo Predilecto y Cronista de Honor de Gáldar, amigo y maestro, Francisco Rodríguez Batllori, siga iluminando nuestro camino oscuro, con su amor a la Obra Bien Hecha.

Francisco Aguilar y Paz



PORTICO

Siempre fueron jugosos y atractivos los libros de Memorias redactados por gentes cuya fulgurante personalidad justifica el interés hacia los detalles más nimios de su existencia. Cuando Goethe nos cuenta, por ejemplo, en qué consistió un desayuno suyo en Heidelberg, gusta conocer la templanza y la sencillez del gran pensador. El recuerdo de los personajes ilustres, sin necesidad de exagerar detalles, pervivirá a través del tiempo y de las generaciones. Pero ¿quién recuerda a legiones de personas normales, anónimas, sin biografía impresa; seres vivos, anhelosos, con tensiones y congojas, con gozos y quebrantos, que sólo pasaron como sombras irrelevantes? No existe riesgo de que se pierda la huella de los que fueron grandes figuras, pero sí la de aquellos seres opacos

que hemos conocido a lo largo de nuestra vida. Estos no influyeron en el curso de la Historia; fueron apenas sagrario íntimo de sus esperanzas e incertidumbres. Sin embargo, están más cerca de nosotros porque son el telón de fondo de nuestra existencia, seres que hemos conocido en cuerpo y alma.

Sin necesidad de pulsar el registro de la nostalgia, cuando llego a Gáldar, la ciudad en que nací, percibo muy sutilmente el aroma de otra época y la imagen individualizada y transparente de personas con las que conviví, en una edad en que no solamente la fisonomía, sino el gesto y la voz, se clavan en el espíritu como el componente esencial de una raíz profunda. No son historia; son ráfagas, luz de un pasar, bocetos de un vivir entrevisto, resbalón de una huella. Y, sin embargo, ¡tan firmes! Entre mi percepción de la época que evoco y la actual advierto un secreto juego de correspondencias a lo Baudelaire, pese a que aquellos años corresponden a otras calendas. Cierto que, por fortuna, algunas personas que entonces vivieron alientan todavía en un censo dramáticamente diezmado; muchos rostros se ausentaron para perderse en la oscuridad definitiva, tras haber pasado del estallido primaveral al implacable aguacero del invierno.

El hombre contribuye a la memoria con un presente mental que se desliza continuamente hacia el pasado, para extraer recuerdos, sentimientos e imágenes. La memoria *huele a vida, a presente, a tiempo dulce, a tiempo oloroso*, en verso de Aleixandre. El paso del tiempo nos es habitual a través de la memoria. La sincronización del pasado con el presente da persistencia a esta facultad. La intemporalidad de la memoria mantiene providencialmente en embrión nuestros recuerdos. Procuremos darles vida sacándolos del sordo rumor inaudible de la lejanía.

ITINERARIOS

Recorrer el pueblo era una atracción irresistible. Mis andanzas no se limitaban a pasear las calles céntricas; sentía especial predilección por unos barrios en pendiente que adquirían forma y presencia en ciertas horas de la mañana o del atardecido. Callejas empedradas de incómodos guijarros, vías suburbanas trazadas por un singular antojo, sin respeto a planes ni sujeción a ordenanzas. El callejón de Juan Primo, recoleto, casi a hurtadillas. El callejón de La Palma, pasillo vegetal hacia el barranco. Hierbas carnosas y polvorientas en las orillas. Todo era pequeño, estrecho, reducido. Las casas, encaladas, poseían el don difícil de la gracia. Asomarse a uno de sus patios, a los huertos amarillos de sol, era vivir la intimidad de

unos arbustos, el rojo delirante de los geranios, la enredadera que se empeñaba en escalar muros y tapias para curiosear la calle, el verdor de los rizados helechos... Andar sin rumbo ni programa era un picante estímulo, una forma de ese ocio contemplativo que seguramente atrapó la vista y movió el pincel de Antonio Padrón, captador del color de la tierra, del polvo de aquel suelo.

Son múltiples las imágenes. En un analéptico local de la calle Guaires restauraba su cansancio y dejaba el polvo del camino el ruidoso «coche de horas», como Santa Teresa sacudía el de sus sandalias en los aledaños de Avila. No muy lejos tenía su domicilio don Mariano Guzmán, de noble stirpe isleña. Solitario, como un ermitaño. La soledad, antecedente psicológico de determinados caracteres, puede constituir una rebeldía, una obsesión, una respuesta de humildad. Puede pensarse que se trataba de una soledad contemplativa, de las que ya no se estilan, desplazadas por otras «realidades» sin poesía. La soledad no es únicamente un concepto; es también el triunfo aislado de la propia razón a través de unos cauces de melancolía.

Al final de esta calle un viejo portalón conducía a «La Quinta». Siempre me pareció este

lugar una servidumbre de público acceso por la facilidad de penetración a unas tierras en ocasiones baldías y descuidadas, en ocasiones verdeantes de maíz en floración. El silencio de la tarde estallaba de pronto y se llenaba de voces juveniles, a la hora del recreo en el cercano colegio de Siervas de Jesús, donde una breve comunidad porteña trazaba día tras día la huella de su fecunda labor educativa. Un viento salino, refrescante, transportaba aromas de mar. Los gorriones, amodorrados, escribían su partitura en el pentagrama del telégrafo. El sol, en retirada, iluminaba débilmente las tapias del convento.

DOS MIRADORES

¡Cuántas veces habré trepado por la vieja y desigual escalera del campanario para contemplar desde la altura los caminos distantes, las montañas desnudas, el verdor de los cultivos, las llanuras soleadas, el espacio geométrico de la plaza y su contorno...! Era aquella atalaya un alminar y yo el almuédano mudo que convocaba a mis propios soliloquios.

Otras veces el mirador se alzaba en lo alto de la montaña. Un ritmo isócropo, una pola-

rización de mar y ciudad atraían mi atención. Como vidas paralelas, Gáldar y su mar formaban una conjunción: el latido de la ciudad parecía mover ondulaciones y fluideces de mar, y éste, artificios rumorosos de ciudad. No una vez sino muchas he fabricado en mi mente esta superstición simbólica. En la tarde, el entorno se poblaba de sombras y aquel mundo de fábula se desvanecía como nube incorpórea. En la hora de las añoranzas no es necesario avivar excesivamente la fantasía ya que, por sí mismo, destila el recuerdo la esencia de sus emociones y surgen los panoramas severos, reales y contrastables. Existe una ventaja a favor de la edad primera como grabadora y sagrario íntimo de episodios imborrables. No hay temor de que nuevas luminarias desplacen la imagen de los farolés que pretendían iluminar las calles de mi niñez. En esta montaña de que hablo, bivalente perspectiva, balconada de privilegio, me sentía suspendido entre la tierra y el cielo. La mirada se desplomaba sobre la ciudad, sobre su gracioso dédalo de callejas que juegan a desparramarse en torno al soberbio promontorio de la iglesia. Las gentes, empequeñecidas por la distancia, se movían y trajinaban entre las relucientes fachadas o sobre las geométricas azoteas. Desde lo alto escuchaba

el tañido hondo y limpio de la campana que convocaba al entierro de un conocido. Pese al tiempo y la distancia, identificaría distintamente, sin lugar a error, el sonido de las campanas de Gáldar, cuyo eco se quebraba con desigual vibración al escucharse en La Longuera, en Marmolejo, en Almagro, en Nido de Cuervos, en la hondonada del barranco...

SIGNOS DRAMATICOS

Cuanto digo podría entenderse hoy como fabulación sobre una ciudad mito, hecha de sueños y añoranzas; venturosa coartada que pone en pie, reanimado, el paisaje de otra época; secuencia existencial donde todo cabe, imantado por la tensión de la reviviscencia. Es algo más que esto: es una realidad en pretérito que pugna por aflorar y salvarse de las brumas del olvido.

Percibo, como si lo leyese en un cuaderno antiguo, algo de apariencia trivial y, sin embargo, lleno de signos dramáticos esenciales, agazapados bajo los más convencionales disimulos: el desequilibrio de un hombre traspasado por el dolor de la ausencia de lo femenino; la aceptación de su destino de una mujer madu-

ra, atractiva, proyectada hacia la soltería; la presencia de uno de esos seres que han sabido sufrir en silencio la punzada de sus frustraciones; la fantasía verbal de alguien atrapado por aspiraciones irrealizables... Memorias que se aquilatan para empequeñecerse o desmesurarse, formando parte del acontecer de toda agrupación humana. Estos protagonistas podrían considerarse afortunados si se les compara con los que no lograron volver a sus lares, a sus mínimos huertos, retenidos por la emigración en latitudes menos generosas; los que deambularon por el mundo olvidados y desconocidos. Quisieron regresar, arrastrados por una sed de identidad, y no pudieron hacerlo, al encontrar clausurados todos los canales que comunican con el lugar de origen, con la casita labradora, con los rostros que no se olvidan. Pero ya estoy escuchando voces que tratan de identificar y personificar a estas actitudes, cuando en realidad se trata de un anónimo y difuso lapidario sin subjetivación indiciaria.

AÑORANZAS

Mis recuerdos más remotos pertenecen a tres pequeñas añoranzas: el sugestivo mundo del fir-

mamento, los viejos pinares del monte y el alborotado tropel farandulero de cómicos y gentes del circo.

Apareció en el cielo de la ciudad la cabellera luminosa del cometa Halley. Las azoteas se poblaron de gentes que miraban al espacio a través de cristales ahumados. Abundaron los horóscopos: el Papa sufriría un atentado; moriría el Rey. Se anunciaban mil calamidades. Nadie, sin embargo, descifró en el cielo el presagio de una guerra inminente que asolaría el continente europeo. Se palpaba la tormenta, anunciada con síntomas inequívocos, pero pocos profundizaban en un suceso que había de cambiar la condición político-social del mundo. ¡Bien purgó la isla y nuestra propia ciudad, en su economía agraria, las consecuencias del desastre. El drama duró cuatro años!

* * *

Algunas noches observábamos en la lejanía una suerte de luciérnagas que la oscuridad convertía en llamas flotantes. El fuego suele rendir culto al mito y la leyenda, pero en estas ocasiones no se trataba de un fenómeno sideral. Era un *sucedáneo*: la acción clandestina de furtivos leñadores convertía en carbón vegetal y

en mercancía económica los esquilmados pinares que coronaban algunas zonas montañosas. Pinos rumorosos, esbeltos como mástiles, en expresivo gesto de airosa presencia, se derrumbaban heridos por el hacha insaciable. El escenario de los depredadores no distaba mucho del lugar elegido para la perpetración del más repugnante crimen conocido en la isla: el famoso asesinato de los Pinos de Gáldar, protagonizado por un sádico y narcisista «médico» alemán.

* * *

La aparición jubilosa y alborotada de las gentes del circo alteraba profundamente el ritmo de la ciudad. El tropel pintoresco solía hacer su entrada con ruidosa algarabía. Una charanga, precedida por animales amaestrados, encabezaba el cortejo en ostentoso preludeo musical del acontecimiento. El trabajo de los que nuestra admiración convertía en héroes y las desatentadas parlerías de los cómicos encendían una fogata en la imaginación infantil. El clown es un artista que, fracasado, encuentra una fórmula de arreglo para su fracaso. En el clown hace crisis la enfermedad del artista. Recuerda con ternura el momento de su niñez en que fue

espectador de otro clown. Nunca han sido mejor interpretados los contrastes de la vida que en la pantomima de los clowns. «El clown —escribe Ramón Gómez de la Serna— es el único que trata con mimo las pequeñas cosas domésticas, y trata con cariño una silla o un bastón y ama a sus ropas, y sobre todo, siente un amor entrañable por su sombrero, más que nunca cuando se lo quita y lo deja en el suelo...». Siempre pensé que el niño que más días de circo tenga en su haber será el primero en entrar en el reino de los cielos. Mi afición por el circo y sus gentes debe de tener su origen en la impresión que me causaba el trabajo del magnetizador: me intimidaba la forma en que dominaba al medium y lo convertía en lamentable pelele. Sólo el juego pueril de la señorita sobre el alambre lograba borrar el efecto que causaban en mi ánimo los pasos desacertados y torpes, la obediencia inconsciente del magnetizado.

VIDA RELIGIOSA

La vida religiosa de Gáldar tuvo en mi época dos puntos focales: el templo parroquial y el convento de religiosas de Jesús Sacramenta-

do, institución de origen argentino fundada por Sor María Benita Arias. En los flancos de la ciudad, las ermitas de San Sebastián y San Isidro estaban cerradas al culto y solamente adquirirían actividad litúrgica en enero y mayo, fiestas de los santos patronos de aquellos barrios periféricos, donde los vecinos compartían el regocijo de unos entretenimientos con tradición y adhesión multitudinaria. Cuatro celebraciones importantes movilizaban religiosamente a la ciudad: Navidades, Corpus, Santiago y Semana Santa. Eran las fiestas de mayor rango, cada una con su característica peculiar. La Navidad exhalaba aromas de primavera en diciembre: luz de sol en los caminos, desafío al calendario, mentís al solsticio. La parca gastronomía de los hogares cambiaba su signo por manjares de mayor entidad y alcurnia. El Corpus Christi acercaba el campo a la ciudad. Un especial decoro distinguía la majestuosa liturgia de esta festividad inolvidable. Santiago era —y continúa siendo— la fiesta grande que recuerdo y evoco con singular regusto: lujo ornamental en el templo, sermón de altos vuelos retóricos, procesión solemne y un poliedro de música, latines, órgano, cohetes y hervidero humano que una capacidad craneana infantil jamás podrá olvidar. Los oficios de Semana San-

ta tenían un signo reverencial y solemne. La ciudad se sumergía en silencio para sentir su latido más hondo. Sin pompa dorada ni arte barroco las imágenes desfilaban entre el fervor popular.

Los sacerdotes de Gáldar, don Domingo y don José Hernández Romero, párroco y coadjutor de Santiago, y don Vicente Matamala, capellán del convento de religiosas, nada tenían en común con el «Don Camilo» de la famosa novela italiana. Eran, a mi juicio, portadores de una mentalidad equidistante del concilio ecuménico tridentino y del Vaticano II. La política local —España vivía en régimen monárquico constitucional— administraba con acierto un pragmatismo de eficaces efectos prácticos: contribuía a facilitar el culto externo y la función de los ministros de la Iglesia. Don Domingo trataba de enriquecer su acerbo cultural; no descuidaba su preparación teológica. Sus homilias parecían extraídas de los padres de la Iglesia o de un sermonario clásico. Don José, más popular, se sentía cerca de los fieles y procuraba estarlo. Sus sermones, vehementes, claros, despojados de corteza oratoria, fustigantes a veces, hubiesen obtenido la aprobación del P. Isla. Don Vicente Matamala apenas salía de su feudo. Visitaba el templo parroquial en las so-

lemnidades litúrgicas o cuando el obispo de la Diócesis venía a Gáldar en visita pastoral. Sobre estos tres sacerdotes flotó siempre un hábito de aplauso y aceptación popular. Un aura de virtud y honestidad.

EL MAR

El mar, su acuciante proximidad ribereña, me obsesionaba poderosamente. Mis paseos se dirigían a veces hacia «El Agujero». Solía partir de la calle Quintana y León, donde era frecuente escuchar apagados sonos de instrumentos musicales procedentes de la casa de los Batis-ta. Tenía su domicilio en esta calle don Marcos Domínguez, «el marqués», apelativo tácitamente admitido dentro de un esquema convencional, como reconocimiento de una prestancia física y un señorío natural y espontáneo. Individualista, independiente, dueño de una acusada personalidad, cuando le veía montar a caballo no me resistía a evocar la estampa de don Juan Manuel Montenegro, el fabuloso personaje de don Ramón María del Valle Inclán, cuyas «Sonatas» se incorporaron a mis lecturas de aquella época. Sabido es que el caballo «ennoblece al hombre». Buffon dedicó no po-

cas páginas a describirlo como la mayor conquista. Don Marcos, a horcajadas sobre un caballo era, si no un marqués, el más arrogante y señorial de los mortales.

«El Agujero», solitario y en apariencia aislado, no era un paisaje de égloga, pero tenía cierta grandeza hosca. Ocres y amarillos hacían pensar en la pintura de Benjamín Palencia. No había un solo árbol que llevarse a los ojos. Se respiraba una casi absoluta incomunicación. Bajaba la cuesta y ya en tierras llanas solía detenerme en las inmediaciones de Pabón, junto a un molino de aspas rumorosas que contribuían a expandir por el contorno un agradable olor a millo recién tostado. La memoria, que no se aísla de las sensaciones, retiene el azul de unas aguas que al romperse en los arrecifes saltaban como un cristal quebrado. Lo que Proust rememoró en el sabor de una taza de té nos aguarda a cada uno de nosotros en las imágenes perdidas.

Mi generación «descubrió» Sardina hacia los años veinte, época en que se incrementó la afluencia de bañistas a esta playa de arenas cenicientas. Al llegar a Sardina, entre soledades, tras un paisaje desnudo que brillaba al sol con reflejos de tierra pulverizada, se recibía la impresión de haber alcanzado el último límite,

porque lo único que hay más allá es el mar. Un muellecillo avanzaba y quedaba cortado abruptamente a pocos metros de la orilla; tenía el aspecto de un muelle fracasado, desalentado por la certidumbre de que el mundo terminaba allí. Con su misantropía de soledad, con sus acantilados que se desmoronaban sobre el camino ribereño y su candente claridad cenital, Sardinna nos parecía una región de otro mundo.

Aguardábamos impacientes el *coche de horas*, amarillo naranja, hacia media tarde, al costado de la plaza, junto al Ayuntamiento. Tras cinco kilómetros de recorrido descendíamos al pie de la empinada muralla rocosa. Los bañistas se dispersaban en busca de las quebraduras del terreno y los obstáculos que algunas barcas varadas en la playa oponían a las miradas indiscretas. Huelga aclarar que aún se estaba lejos de tímido «bikini» y más lejos aún del audaz «top-less». Pese a ello, desde sus posiciones estratégicas en algún cercano arrecife, más de un erudito en estatuaria helénica echaba al vuelo su poderosa fantasía creyendo percibir la frágil silueta de inquietantes y púberes turgencias. Aquellas formas inciertas dibujadas sobre el azul, daban pábulo, con un poco de imaginación, a figurarse a Diana y sus ninfas sin temor a correr la suerte de Acteón.

El regreso a Gáldar se hacía entre dos luces. Atrás quedaba Sardina envuelta en sombras, solitaria, sin seres humanos, sin ruido de remos en las aguas dormidas. Años más tarde, lejos de la isla, rememoraba la pereza azul de este mar:

*Desde la orilla isleña
viajaba al horizonte
en la frágil barquilla
de una ilusión sin nombre.
Solitario argonauta,
sirenas y delfines
mi ruta señalaban.
Cruzaba el mar entero
sin sextante ni brújula,
sin velamen ni remos;
sobre estelas de espuma,
por caminos de ensueño...*

EL HOGAR

Suma y compendio de todos mis recuerdos, conservo como en un arca de ternura el de mi casa de Gáldar: su jardín; la acequia con murmullos de agua fresca; las ventanas abiertas sobre un paisaje anegado de luz.



*Cada estancia escondía
una nueva ilusión.*

.....
*Un aroma encendido
de sueños y esperanza
penetraba las teas
del viejo caserón.*

.....
*Aleteo de palomas
el eco de una voz...*

Zumba este recuerdo como una caracola en el oído. Hay memorias que no mueren, no caducan. La memoria es una pavesa que se convierte en hoguera y llama viva. Nos asimos a ella como se aferran a una tabla esas gentes de la mar que un golpe de ola arroja al océano. El recuerdo de la casa natal hace florecer resonancias interiores. He dicho en otra ocasión que el nacer no es un accidente ajeno al lugar y al momento: se es de donde se nace, de donde el cuerpo madura y la inteligencia despeja sus primeras incógnitas.

EL CASINO

En torno al casino se desarrollaba fundamentalmente la vida social. Entre el casino y la ciu-

dad existía cierta ósmosis o corriente de identidad que los entretejía como la urdimbre de un lienzo. Cuando se forme un catálogo histórico de los casinos del archipiélago habrá que contar muy preferentemente con el de Gáldar. No fue nunca centro de minorías excluyente sino creación de todo un pueblo; pieza esencial de la vida cotidiana; remanso acogedor que propiciaba el ejercicio de la amistad.

No bien transcurrida mi adolescencia ya era socio de aquel viejo y benemérito casino. Recuerdo la bocanada de satisfacción que me produjo ver mi nombre clavado, como una mariposa disecada, en el tablón de admisiones por la Junta de gobierno. Hube de derribar las murallas de Jericó para ser aceptado sin alcanzar la edad exigida por las normas estatutarias. ¡Cuántos recuerdos vinculados a una institución cuyo nacimiento en el pasado siglo contó con el entusiasmo y la iniciativa de una mujer dotada de recio temperamento: mi abuela paterna! En este casino intenté mis primeras carambolas, aprendí a maltratar el piano —viejo mueble vertical de teclas desconchadas y amarillentas— y descubrí la prensa diaria y las revistas peninsulares, con sus fértiles y sensacionales noticias sobre las operaciones militares de Annual y Monte Arruit, donde un hijo de Gál-

dar, Juan Medina Bonetti, luchó con bravura y rescató la bandera de su unidad. Alternaban estas noticias con otras de signo político cuya trascendencia no conseguía movilizar aún las fibras de mi curiosidad.

Era el casino una buena escuela de tresillistas. Este entretenimiento que semánticamente prevé la conjunción de tres personas disputándose unas cartas, desvirtuaba su significado con la presencia, en segunda fila, de una cohorte de testigos visuales, dispuesta siempre, con meritoria constancia, al asesoramiento gratuito e impertinente.

En el billar no existía discriminación generacional. Recuerdo en torno a la mesa de verde y terso paño la presencia de dos personas maduras en edad: don José Quesada Rodríguez y mi padre, junto a la de un joven cadete de la Academia de Ingenieros de Guadalajara, Antonio González Medina, de vacaciones en su pueblo natal. En una de las paredes del salón un reloj de péndulo marcaba las pautas del juego con ritmo y parsimonia. Parecía medir y trocear el tiempo en rodajas iguales. A una hora justa, el recinto quedaba vacío: el viejo armatoste pendular recordaba el cumplimiento de su obligación a quienes debían ocupar sus mesas de trabajo en las oficinas de Fyffe y Lea-

cock o incorporarse a sus faenas agrícolas.

No deja de ser oportuno en este lugar el relato de un lance que pudo haber provocado, si no la desaparición del casino, quizá una grave quiebra en su prestigio, de no haber triunfado el buen sentido de las gentes y la veteranía del propio centro. El aleteo de la discordia, inspirada por frágiles menudencias y simples resentimientos, se agitaba en torno a la sociedad. Un grupo numeroso de socios y algunos miembros de la Junta directiva concibieron y convirtieron en realidad la idea de fundar lo que bautizaron con el rótulo de «Club galdense». Tuvo su domicilio en las amplias naves que fueron en un tiempo escuelas públicas, bajo la eficaz dirección de mi maestro don Francisco Guillén Morales, benemérito patricio que tanto influyó en mi formación cultural, eligiéndome textos y lecturas apropiados a mi edad y conocimientos. Fue esta enseñanza una de mis mejores y provechosas herencias, jamás extinguida. Bajo su sabia dirección empecé a interesarme por el mensaje de las letras y a sentir la llamada de lo estético.

Se puso en marcha el nuevo centro con no malos auspicios, ya que los jóvenes prestaron su apoyo y su entusiasmo a lo que consideraban un signo progresista, con cierta carga de

rebeldía e inconformismo. Sin embargo, la vida del nuevo casino fue tan intensa como efímera. Había nacido genéticamente lastrada de fracaso, por influencia de los mismos factores ambientales que inspiraron su creación. En todo caso, fue un ejemplo palmario de lo que suele ocurrir cuando las estirpes de una comunidad homogénea se disgregan o divorcian.

Con la gráfica persistencia de un daguerrotipo conserva mi memoria el regocijante espectáculo suscitado precisamente como consecuencia de la creación de este nuevo centro. Se originaban frecuentes discusiones entre partidarios y detractores. En una Asamblea general se discutían las consecuencias de la segregación. Los ánimos se alteraron excesivamente y Manuel Anchuela, persona ponderada y correcta, espíritu delicado y sensible, alzó su voz en tono autoritario y firme: «Señores, ¡Esto es el Arca de Noé!» Y recitó con énfasis:

*«Llego al casino y ya no lo conozco,
y no lo desconozco por olvido
sino porque me consta que es pisado
por muchos que debiera ser pacido.»*

La parodia del conde de Villamediana y su punzante ironía desarmó a los acalorados so-

cios y convirtió en grata tertulia una asamblea que se había salido de cauce.

EL AGUA

Conservo la impresión —tal vez desfigurada por el transcurso del tiempo— de que en aquella época los inviernos eran en Gáldar más generosos en cuanto a su pluviometría. Si no torrencialmente, llovía al menos en cantidades que humedecían el ambiente, refrescaban los cultivos, favorecían el crecimiento de hierbas y precipitaban torrenceras en las callejas en pendiente —Toscas, Audiencia, Arena— que desembocaban en la carretera. A fuerza de ingeniosas manipulaciones, estos residuos líquidos solían ser encauzados hacia los estanques más próximos, cuya superficie verdinosa se agrietaba y removía al empuje del inesperado y breve caudal procedente de aquellas vías urbanas. Si el fenómeno ocurría de madrugada, las voces de quienes realizaban el arduo trabajo se disolvían en la negrura de la noche, apenas paliada por la lucecilla desmayada y cicatera de un farol de hojalata, producto típico de la artesanía local.

La escasez de agua ha constituido siempre

uno de los más graves y acuciantes problemas por su directa proyección en la economía agrícola. El lamento, casi permanente, adquiriría ecos de pesadilla: «el nivel de los pozos disminuye; la sequía terminará por aconsejar el abandono de los cultivos...». Yo escuchaba estas frases ajeno a su premonitorio sentido; indiferente a lo que en un futuro remoto habría de acaecer. Se citaban unas corporaciones para mí desconocidas: Heredamiento de Aguas de la Vega Mayor de Gáldar, entremezcladas con palabras enigmáticas: «dula», «cuarta», «azada», «horas de agua», «Repartidor», que mi capacidad receptora no lograba traducir.

Me gustaba curiosear a la ceremonia administrativa de la subasta o «remate» del líquido elemento que frecuentemente se celebraba en el pasillo de la Casa Consistorial, a la sombra del drago centenario. Mi curiosidad indagatoria sólo llegaba a la conclusión de que unas «horas de agua» eran objeto de transacción económica y dineraria, como cualquier otra mercancía.

LA LANGOSTA

Con imagen propia y no trasplantada recuerdo las periódicas y calamitosas visitas a Gál-

dar de la temible plaga de langosta. La «cigarrá berberisca» se desplomaba como una maldición bíblica sobre nuestro campo e invadía todos los espacios de la ciudad. En pocas horas, casi en minutos, muchos cultivos quedaban arrasados por la insaciable voracidad de un insecto cuya aparición no era fácil prevenir ni evitar. Coincidió generalmente esta invasión con una espesa ola de calor, el tórrido «tiempo sur», que endurecía la corteza del suelo, agostaba las plantas y penetraba en los hogares con su vaho denso y fatigoso.

Formaba la langosta nubes oscuras y siniestras, de rápida y desconcertante evolución sobre las zonas elegidas para su acción devastadora. No se salvaban del asedio el recinto urbano, las viviendas, huertos y jardines. El desagradable zumbido de la plaga no era inferior a la repugnancia que producía el choque sobre nuestra piel de las alas membranosas y el garabato tentacular del zancudo insecto.

Los medios empleados para combatir la plaga resultaban escasos e ineficaces, pese a la movilización de recursos materiales y humanos. El campo y las montañas cercanas se iluminaban fantasmagóricamente en la noche y las hogueras crematorias despedían un olor acre y repulsivo. Un ruido infernal de objetos metálicos

amenizaba las batidas a que el animalejo era sometido.

EL MERCADO

En mi geografía arbitraria de Gáldar, donde la memoria interviene siempre con dimensión privilegiada, la vieja plazoleta del mercado adquiere cierta configuración de isla, de lugar cerrado y recoleto, a un paso, sin embargo, de las calles más transitadas. ¿Qué fue de aquel mercadillo con visos de zoco marroquí, que cada domingo exhibía sus productos junto a la breve estructura de una fuente chorreante? Se animaba este triángulo urbano, expresivamente popular, con el radicalismo verbal, los ademanes y la confusión que caracteriza a ese cuadro abigarrado de las concentraciones humanas. El frescor de las hortalizas competía sin desdoro con el aroma de las especias y el olor de las violetas recién traídas de medianías. Era aquel mercadillo caja de resonancia de la vida galdense.

Al anoecer, sobre los huertos y edificios colindantes, más allá del cielo oscurecido, se divisaban luces en la isla vecina y producían la sensación de hallarnos ante un paisaje marítimo.

Al evocar, un día no lejano, el hebdomada-
rio mercado de mi adolescencia; sus imágenes
no desgastadas ni retocadas por interpolacio-
nes, no supe resistir el impulso de dedicarle una
letrilla:

*Nuncio de las «medianías»,
escaparate campero,
pregón de las pedanías,
de las huertas mensajero.*

.....
*En equilibrado arpegio
—desconcertante lenguaje—
el mercado utilizaba
jerga adecuada... y donaire;
el turbión de las palabras
vitalizaba la charla
con pincelada entrañable.*

.....
*Un difuso olor a especias
se dilataba en el aire;
rezumaban su frescura,
en torno a la vieja fuente,
las tallas y bernegales.*

TERTULIAS

Las tertulias estaban marcadas por el sello
de la heterogeneidad, tanto en lo que se refiere

a la edad de los participantes cuanto a la diversidad de cuestiones que se debatían. No se conocía la prisa ni se daba importancia al valor del tiempo. Don Juan Rodríguez Moreno pontificaba a su albedrío. Tenía ingenio y conciencia de tenerlo. Siempre imaginamos que su erudición plagiaba y repetía aspectos extraídos de recientes lecturas que la actualidad periodística le brindaba. Manuel Anchuela, Juan Ramírez Suárez y León Sánchez nos deslumbraban con el relato pormenorizado de sus andanzas en el Madrid castizo y sorprendente de la Chelito, Luis de Tapia, Emilio Carrere y don Ramón del Valle Inclán.

En las tardes calurosas las tertulias se adueñaban de la plaza, convertida en observatorio de intrascendentes acontecimientos. El tránsito rodado, casi inexistente, no era capaz de sofocar el curso de unas discusiones siempre animadas y chispeantes. Las críticas solían ser benévolas, sin acíbar ni intención peyorativa. Algún suceso extraordinario traumatizaba a veces el ritmo de la vida cotidiana y su eco trascendía a estas tertulias. Alguien difundía la noticia de que bajo el puente de los Tres Ojos acababa de descubrirse el cadáver de un suicida. La visita pastoral del prelado de la Diócesis, la llegada a Gáldar del primer artilugio radio-

galena o la inauguración del alumbrado eléctrico eran cuestiones que reclamaban comentario y glosa más o menos hiperbólicos.

Cierta tarde nos sorprendió la presencia en uno de estos improvisados areópagos del bohemia y prolífico escritor, perteneciente a la generación de El Cuento Semanal, Eduardo Zamacois, cuya estancia en Gáldar se debía a una invitación para pronunciar una conferencia en el teatro. Su participación en la tertulia fue el aperitivo ameno y jugoso de aquella charla, rica en ingenio y brillantez. Pasado algún tiempo tuve cierta relación de amistad con Zamacois ya que ambos acudíamos a una tertulia en la casa de Alberto Insúa, medianera de mi domicilio madrileño de la calle Hilarión Eslava.

«EL ZAHORI»

Así lo recuerdo. Con su andar tragicómico, si es o no cansino, enrollada materialmente su cojera en un bastón-muleta. Desgarbado, descalzo, palmípedo, esperpéntico, dirigiéndose en apariencia a ninguna parte. Su piel tostada, su barba zahína, unos ojos brillantes bajo la frente despejada le daban cierto aspecto nazarita, califal. De expresión levemente distante, con un

acento indefinible en la voz, mezclaba al hablar una que otra excentricidades. De él se decían muchas cosas, todas relacionadas con un pasado más que convencional, lleno de rarezas. La edad del sujeto —unos cuarenta años escasos— no daba para más historias. Nos enterábamos de su llegada al pueblo cuando recorría las calles pidiendo limosna con un punto de altanería.

Sus esporádicas apariciones no suscitaban un especial comentario. Olvidábamos su grotesca figura en cuanto abandonaba la ciudad. Solía mostrarse reservado y eludía con mal gesto las preguntas curiosas que le hacíamos los muchachos con precaución y cautela, temerosos de provocar su enojo. El caso es que sobre Silvestre —tal era su nombre— flotaba ese aire de misterio que adquieren, en los lugares donde nunca pasa nada, aquellos seres que, sin proponérselo ni cosechar singularidades, atraen la atención de las gentes.

Andaba a la deriva por callejas, barrios y descampados, entre ladridos de perros, y seguido de una turba infantil que, audaz y temerosa a un tiempo, le lanzaba de lejos, como una acusación afrentosa, el grito de su hipotética condición de «zahorí». Para la propaganda de nuestro huésped la chiquillería era su mejor

aliada: no podía haberla encontrado mejor.

A veces se mostraba extrañamente desasosegado; recuerdo la inquietud que le ganaba de pronto y aquella forma suya de mirar bruscamente. Se nos antojaba una manía pintoresca, cuando tal vez respondía a un estudiado gesto de dignidad ofendida o de obligada amenaza a quienes lo mortificaban.

Solía sentarse a la sombra de mi casa, esquina a la calle Toscas. Sacaba algunas viandas de un periódico atrasado y comía con apetito casi concupiscible. Nunca supe mucho del «Zahorí», de dónde venía ni el viento que le llevaba a otros lugares de la isla. Alguien lo habrá averiguado pues, tras mi salida de la ciudad, el personaje repetiría sus esporádicas visitas hasta su desaparición definitiva...

¿Protagonista de una ficción, dice usted? Personaje real, muy real. Alguien puede aún recordarlo.

EL «CABITO»

Así le llamábamos todos. Era un rescoldo de la desaparecida Ayundantía de Marina de Gáldar, Cabeza de Distrito Marítimo, jurisdiccional desde las costas de Bañaderos hasta las de

Mogán. «Clase» de la Armada; personaje anónimo e irrelevante que, al suprimirse la dependencia marítima, continuó flotando en la nómina como un fallo amnésico de la Administración.

Vestía constantemente uniforme, blanco en verano, azul en invierno, obediente a las ordenanzas navales. Conservaba un extemporáneo concepto de la disciplina y la jerarquía. Le irritaba que la pareja de la Benemérita procedente de la cabecera de línea no le cumplimentase a su paso por la ciudad, como él mismo hacía, en posición de firmes, al oficial de Milicias territoriales don Ramón Aguilar cuando, asumiendo las funciones de su grado, se incorporaba al séquito municipal en la procesión del Apóstol.

Al prender en su guerrera la vieja e hipotética cruz de algo y bruñir las anclas de sus hombreras, el «cabito» se trasladaba mentalmente al mar de las Antillas: imaginaba una dársena, olor a brea, fragatas enemigas, marineros que escandalizaban y vomitaban ron de Jamaica. El «¡iza, iza!» de la marinería se confundía con el alarido de las sirenas de los barcos. Y en lo alto, el sol del trópico iluminando la ruidosa fanfarria.

Sentía un singular afecto por mi padre y le

dispensaba solícitas atenciones. Cierto que aquél le llamaba, sin asomo de sorna, «contra-maestre», generosa promoción ascensional que a nuestro hombre debía de sumirle en un estado de enajenamiento y turbación casi erótico.

Con frecuencia enviaba pliegos, bajo franquicia postal, a la Comandancia de Marina de Las Palmas. Daríamos un tesoro por conocer el contenido de estos sobres misteriosos y las informaciones emanadas de un funcionario sin funciones. Existe en el Archivo de la Marina, de Viso del Marqués, un extenso expediente que se abre con la palabra «Gáldar». Mi curiosidad no tendrá reposo hasta descubrir si en ese expediente se encuentran las lucubraciones náuticas del «cabito», fecundando la Historia junto a los nombres de Cervera, Gravina, don Alvaro de Bazán y don Juan de Austria.

CALLEJONES

Como en toda ciudad rural, el perímetro de Gáldar se diluía en numerosos callejones. Eran éstos estrechos, pedregosos, polvorientos, inhóspitos. En los días lluviosos un lodo subversivo los convertía en parajes intransitables. A derecha e izquierda se alineaban los huertos de

plataneras, protegidos por humildes tapias de piedra seca o de cantería volcánica. Las hojas de las plantas sobresalían de las cercas y algún que otro racimo gravitaba sobre una horquilla fuertemente clavada en tierra. El apéndice inferior de la piña se abría y esponjaba como una flor exótica. Pencas hirientes de tunera coronaban los muros protectores. Los lagartos, borrachos de sol, se aplastaban junto al agujero de sus escondrijos.

La soledad y el silencio que marcaban la tónica de estos callejones, apenas eran interrumpidos por el golpe seco y monótono de una azada o el animado parloteo del grupo de mujeres que, a otro lado de la tapia, desflorillaba diestramente los tiernos racimos. Mohínas, vencidas por el cansancio, algunas bestias transportaban su carga vegetal a los almacenes de empaquetado.

Las mañanas eran claras, las tardes perezosas, las noches quietas, blancas de luna a veces. Nada faltaba, nada sobraba para quienes eran capaces de sentir algo frente al vacío, la soledad y el silencio de estos callejones.

CEMENTERIO

En mis visitas al cementerio se mezclaban la

curiosidad infantil ante el misterio de la muerte y un cierto temor supersticioso. Solía ir al camposanto acompañado de otros muchachos, mezclado en el cortejo de algún entierro. Aquel viejo lugar daba, más que otro cualquiera, la trágica impresión de lo irreversible.

La incitación era grande, más en el momento de descubrir el ataúd para el adiós definitivo de los familiares. Yo he rememorado siempre el viejo cementerio de Gáldar como un pequeño huerto en abandono; polvo de sombra y silencio; recinto de soledad y renuncia.

Los entierros eran graves a la par que sencillos: sin carrozas, gualdrapas ni rizados penachos. Apenas un grávido caminar de cruz alzada, sacerdote con negra capa pluvial y un nutrido cortejo. Sin apresuramiento, como si existiese el deseo de retardar lo inevitable. El ambiente adquiriría un signo sepulcral al alejarse del carrusel de la vida.

No existían panteones ni lápidas marmóreas. Humildes túmulos sobre el suelo reseco. Ni la sombra gótica de un ciprés ni el aroma de una rosa. Los nichos, al costado derecho, unidos por frágiles tabiques, como si los que han de revivir juntos concertasen un pacto de eternidad. Una fotografía amarillenta se desvanecía tras un empañado cristal.

No olvidaré el entierro de una adolescente: la tarde era calurosa; los muros del cementerio se calcinaban bajo el sol. Descubierta el féretro fijé la mirada en la primorosa puntilla que sobresalía del borde de la falda de la muchacha; en sus blancos zapatos abotinados; en su pálida y delicada faz. Entre los dedos, las cuentas de un rosario. El sacerdote recitó unos latines. Cubrieron su rostro con un pañuelo y se hundió en la eternidad. El sepulturero afrontó su oficio sin pena ni gloria. Presentía cuánto había dicho Unamuno sobre la quimera universal de los cementerios, sobre la lucha contra la muerte y el olvido.

LA HUERTA

Nuestra huerta se extendía a la sombra de la fachada posterior de la casa y sus tapias blanqueaban sobre un gran espacio de la calle Toscas. Era un retazo de campo en el centro de la ciudad; un acercamiento de la tierra labrantía al núcleo urbano, como una contradicción entre lo creado y el genio creador. Esta articulación dual de agro y ciudad cobra en el tiempo muy sensibles percepciones y aparenta una razón de lo paradójico. Pero cualquier interpre-

tación apresurada apenas tiene una validez relativa.

Recuerdo esta huerta orillada por naranjos, limoneros, granados, algún viejo viñedo y tres o cuatro olivos cuyas ramas desbordaban el tapial. Las avispas sentían una gran predilección por la uva temprana, palomina, que empezaba a madurar bajo el polvo dorado de la tarde. Aquellos frutales cumplían, con su sobriedad, una función práctica y estética. La memoria se une ahora al paisaje para enaltecerlo en la dimensión que cobra en el recuerdo.

En un altillo de la huerta, junto al pozo, hundía sus raíces la antañona magnolia que conoció cuatro generaciones. Era el árbol totémico de la casa, punto de referencia en el corazón de la ciudad. Como los hombres, hay árboles que no pierden su condición mostrenca. Son iguales a otros árboles, repetidos en su vacuidad. Nos quedamos prendidos por los que no se repiten, por su presencia única. La magnolia era un árbol singular y su recuerdo no admite olvidos. Cuando se constelaba de flores la avalancha de asteriscos blancos, globosos, invadía los fueros del ramaje. La visión y el tacto de estas flores me sugería cierta idea funeral, quizá por el destino que a veces se les daba. Era fácil caer en el tópico.

Ni un ruido inoportuno ni una voz estridente. La luz duraba horas y horas. Al caer la tarde, los colores se desvanecían y los perfumes se desataban. Para llevar y conservar estos recuerdos no hace falta ser decadentes; más bien robustos renacentistas hambrientos de sensaciones. Yo recibí mucho de esta huerta familiar: paz, sosiego, placidez; signos de la lentitud del tiempo, enemigos del apremio y la prisa. Nada tenía que ver la huerta con el mundo contingente, con la geografía que la enmarcaba. Por esta razón está al margen de anécdotas fáciles y de juegucillos retóricos.

Poco más que intimidad, sabor y estricta quietud contemplativa.

DOÑA ASUNCION Y DOÑA ANASTASIA

Eran dos deliciosas viejecitas. Vivían en la calle Santiago, asistidas por una pareja de doncellas de muy buen ver y mejor palpar, como diría, emulando al Arcipreste, Camilo José Cela. Vestían pulcramente de negro y apenas se las veía en la calle, como no fuese para acudir al templo en días de precepto.

Descubrían ese toque de desenvoltura y elegancia que inspira distinción y señorío, no

aprendidos en reciente escuela de buenos modales. Tenían huerto en la parte posterior de la casa: rosales, adelfos, lirios. Las dos muchachas ponían una nota de jovialidad y de saludable humor en la estancia: le daban vida y animación. La juventud es siempre una perpetua lección de vida. En este ambiente nos imaginábamos el contraste de dos ancianas entregadas a sus lecturas hagiográficas, a sus rezos y oraciones. Coloreamos el cuadro con la luz brillante, iluminadora, de la adolescencia. Si lo viésemos ahora ya no sería aquél. Hay una deidad invisible que se llama Cronos y que trueca el paisaje retrospectivo.

Algo, de pronto, cambió en aquella casa. Un nuevo personaje irrumpió en escena: José, sobrino bonaerense de las señoras, llegaba a la ciudad aquejado de tuberculosis y su presencia imprimió un quiebro en el ritmo de aquellas vidas.

Cierto optimismo alentaba en el joven, pese a una enfermedad que no le permitía abandonar el lecho ni salir de su encercamiento. En las largas horas de inmovilidad era visitado por algunos amigos que le brindaban conversación amena y grata distracción. En una pequeña ciudad no es difícil encontrar el amigo capaz de aliviar soledades y de compartir aflicciones ín-

timas. Aquel muchacho, que parecía hecho de sutil y quebradizo vidrio, tomaba partido por ese resto de optimismo y esperanza que alienta siempre en el fondo del espíritu. Una vida de incomunicación permanente era incompatible con su lastrada juventud.

Cuando volvió al tráfago cotidiano, ¡con cuánta fruición gozaba del tumulto de la vida, de la charla con las gentes!

José regresó a Buenos Aires. La casa de doña Asunción y doña Anastasia retornó a su silencio, a su pulcritud reluciente y ordenada. Las lecturas piadosas se interrumpían a veces al conjuro de la alegría exultante de dos mozas que saturaban el ambiente de una brisa fresca y juvenil.

SINFONIA DEL YUNQUE

La faz urbana de las pequeñas ciudades cambia notablemente en las distintas horas de una jornada. Con la luz del alba o al caer la tarde cambia el aspecto de las calles, las fachadas de las casas, las montañas más o menos lejanas, el paisaje en su total fisonomía. Como si el rasgo común característico, disperso en el ambiente, esbozado en un cuadro con amplias pince-

ladas, sufriese una lenta transformación tras sucesivos retoques del artista. No es fácil adivinar de dónde y de qué proviene este hechizo.

Yo he recorrido en solitario las calles de mi vieja ciudad. La primera luz del alba clareaba en las rendijas de puertas y ventanas, horadando puntos vivos en las añejas maderas. Iba de una calle a otra. Los zaguanes estaban aún cerrados o apenas entreabiertos. El sol bañaba tímidamente las blancas azoteas, la copa de algún árbol. Comenzaban a trajinar los artesanos; esos oficios nobles, seculares, con tradición y prestigio: carpinteros, herreros, zapateros.

Bajaba a la carretera atraído por los golpes fuertes, rítmicos, con que entonan su canción las herrerías. La llama de la fragua arde briosa avivada por el afónico resoplo del fuelle. En el centro del taller el recio yunque, patriarca de todos los hierros, recibe impasible el tintineo de golpes sobre su brillante superficie. Un chisporroteo de fuegos de artificio salta y se extingue a compás de la sinfonía de los martillos. De rato en rato cesan los golpes. Un sordo chasquido de ebullición y una breve columna de humo anuncian el final de la forja.

Cuando volvais a vuestro pueblo tras un largo período de ausencia, no dejéis de visitar la

vieja herrería: oiréis la inefable canción de los martillos sobre el yunque.

MASITO

Su nombre era Tomás, pero todos le llamaban Masito. ¿Quién no recuerda su cuerpo enjuto, mínimo, desmembrado; partido en dos por la cintura, como si las piernas, insensibles, amenazaran con desprenderse al menor movimiento? Atravesaba la ciudad balanceándose de forma insólita y sobrecogedora entre dos muletas.

Su sonrisa, permanente, invariable, tenía algo de sarcástica y burlona. De esta manera los mínimos vitales de aquel ser humano no se abandonaban a la desesperación. No sé si le costaría mucho aprender a sonreír, pero lo cierto es que su semblante trascendía esa secreta e íntima serenidad que triunfa sobre el infortunio.

Masito era un magnífico artesano. A su pequeño taller de la calle Nueva acudían gentes de todos los barrios atraídas por la calidad de su trabajo. Para él no tenía secretos la difícil operación de cortar la hojalata, soldar las asas y relieves con aquellos hierros candentes en los

que el estaño brillaba como una temblorosa gota de azogue. Una columnilla de humo color malva transfiguraba un instante el rostro del artesano.

Toda clase de recipientes domésticos constituía el repertorio laboral de Masito. Nadie como él concebía formas cóncavas, quitaba aspereza a los bordes de las vasijas, guarnecía las superficies. Nadie le igualaba en la práctica de un oficio aprendido a despecho de sus deficiencias corporales.

Tenía una voz aguda, como la de un niño. No conocía el desmayo que socava galerías en el alma de los seres físicamente disminuidos. Sin embargo, quienes le observábamos no podíamos evitar una impresión de fracaso. Es difícil perder la conciencia de nuestras carencias; olvidar los efectos negativos que nos afectan. Un buen día, quienes los padecen se asoman al espejo al acecho de su deficiencia y la encuentran definitivamente instalada en su estructura corporal.

El caso merece una seria reflexión. El disolvente de su defecto físico no era capaz de destruir un fondo instintivo de vida en Masito. Para trabajar necesitaba, sin duda, el apoyo íntimo de algo interior. No importa que los demás viésemos o no esta realidad; Masito se sentía

sostenido por algo que le impulsaba a vivir, a trabajar, a seguir la sucesión del tiempo. A sentir satisfacción, incluso, por su obra bien lograda. La palabra tendría que ser un instrumento sutilísimo para poder describir estos estados de conciencia.

Yo les llamaría corriente interna, realidad interior. Perpetua ilusión que el instinto opone a la lobreguez del desaliento.

PEPA LA PLANCHADORA

La «mesa de la plancha» ocupaba un breve pasillo entre la cocina y la escalera de acceso al desván, frente a un ventanuco al que se asomaban la jaula de un pájaro y una maceta con geranios. A un lado de la mesa, dos ventrudas planchas de carbón vegetal chisporroteaban a compás de un soplillo de hoja de palmera. Al alcance de la mano brillaba la cajita de tabaco en polvo que Pepa la Planchadora inhalaba pródigamente por sus orificios nasales y le provocaba estornudos de irreprochable sonoridad. ¡Qué exactitud en los intervalos! ¡Qué precisión en las pausas intermitentes! ¡Qué justeza en el control de la membrana pituitaria! ¡Qué regularidad en el chasquido gaseoso!...

Pero la solemnidad de esta situación se desvanecía al momento y Pepa reanudaba su primorosa y magistral labor. Nadie lo hacía como ella: por sus diestras manos pasaban las delicadas puntillas, los almidonados encajes, las blancas ropas de cama a gusto del tiempo. Ponía orden en el revuelto caos de piezas tendidas al sol y las jerarquizaba adecuadamente, dándoles la armónica disposición a que un paisaje familiar entrañable la tenía acostumbrada.

Su carácter era bondadoso. Sólo acusaba un gesto de contrariedad cuando la vieja plancha despedía una brizna cenicienta que dejaba la huella de una mancha infame en la blancura de la pieza recién planchada. ¡Qué pulcra su labor! La recuerdo colocando un hornillo de cerámica isleña bajo la repleta canastilla, hasta que el humo del espliego aromaba su obra concluida.

Los años y las dolencias seniles minaron la salud de Pepa la Planchadora. Se convirtió en algo frágil, inmaterial. En estas vidas ordenadas, presididas por la sencillez, materia y espíritu dejan de ser una antinomia. Cuando íbamos a verla nos recibía con su permanente sonrisa. Se engañaba a sabiendas cuando nos decía que volvería a nuestra casa. Repetidamente nos hacía esta promesa, pero nunca en un



tono tan apacible y sereno como el de aquella tarde en que recibió el Viático.

Murió sin conocer los sofisticados artilugios que la electrotecnia ha puesto en manos de los de su oficio. Ella no hubiese renunciado a sus viejas planchas de carbón vegetal.

EL BARRANCO

El barranco de Gáldar tuvo siempre un prestigio superior a la función que le corresponde. Representa un sueño de grandeza desvanecido en unas turbonadas circunstanciales, sin demasiada justificación de lo que constituye su objetivo. Las abultadas dimensiones de su cauce hacen fracasar ciertos vanidosos escarceos acuáticos.

A veces se producían desmesuras que pretendían encontrar, sin éxito, la difícil clave de su existencia. Pero las avenidas eran generalmente lentas, como correspondía a sus débiles recursos. Permeaban las aguas premiosamente las grietas del cauce reseco, cubrían desniveles, cegaban veredas, lavaban guijarros y arrastraban en su trayectoria toda clase de desperdicios, algunos arbustos e incluso animales sorprendidos en mitad del lecho pedregoso.

Al llegar al Puente de los Tres Ojos el barranco abandonaba su exasperante inercia, y como si tratase de esquivar la rutina, adquiría musicalidad y hasta cierta entidad estética propia, al discurrir bajo los tres grandes orificios. La piedra domaba a las aguas y restringía su libertad. Paréceme estar viendo aquella corriente turbia, sucia, trazando círculos barrocos y lamiendo los sillares del viejo puente.

En este lugar se perdía de vista el curso del barranco. Era la hora en que todos los ruidos, todas las luces, todos los matices comienzan su diaria síntesis armoniosa. El lector puede hacerse una idea del micromundo que evocamos y evaluarlo en el reducido espacio de su categoría. Lo inexpresivo, lo vulgar, lo inútil que pueda atribuirse a aquel barranco de mi adolescencia mereció ser vivido, al menos para ser ahora recordado con amplio margen de perspectiva. La vulgaridad no suele estar en las cosas sino en nosotros mismos, al no hacer un esfuerzo por comprenderlas. Solemos hartarnos de concepciones abstractas mientras desdeñamos funciones más simples que a veces pueden proporcionarnos verdaderas fuentes de curiosidad.

¿Cómo negar cierta dosis de encanto a aquella escuálida barranquera que pugnaba inútil-

mente por cubrir un cauce superior a sus condiciones naturales? El espectáculo apenas duraba el tiempo necesario para contemplarlo, sin barruntar su duración y firmeza en nuestra memoria.

VIAJE AL PASADO

Lo que acabo de evocar son destellos de nostalgia. Una mirada hacia atrás que no abriga el riesgo arrojado por la mujer de Lot. Un tributo a la memoria. Los recuerdos tienen el valor que cada uno quiera darles, en contrapartida de lo que ellos, a su vez, nos transmiten. El recuerdo es un espejo siempre límpido. Cualquier ocasión es buena para repescar los mensajes que cruzan el tiempo. ¡Cómo nos gustaría conocer el destino final de aquellos viejos faroles que alumbraban nuestro callejeo nocturno; el último servicio prestado por el motorcillo de gasolina que daba vida a la pantalla en que se nos proyectaban deliciosas películas mudas; el lugar en que se encuentra la pila cuajada de culantrillo, rezumante de frescura en

los días estivales...! Pero esto sería tan absurdo como tratar de conocer qué se ha hecho de la copa de vino de Berceo, del jubón de Melibea o de las páginas escolares en que Jorge Manrique aprendió a rimar sus coplas. La memoria es algo distinto. No decanta. Es una argamasa con la que se edifica el pasado. Uno mismo no es más que memoria a la que un día se le quedará oscura la pantalla.

La distancia perfecciona el recuerdo. Lo desnuda de toda escoria inútil y le imprime fijeza visual. Lo hace indeleble y nuestro. Lo bueno de la memoria es que es selectiva, como un cedazo caprichoso o un cristal poliédrico que a veces hace trampa con su escaparate de guiños: «De toda la memoria sólo vale/el don preclaro de evocar los sueños», decía Antonio Machado, llevando las cosas a donde debe llevarlas un poeta lírico: a los elementos superfluos y dorsales de lo real. Pero el recuerdo vital es otra cosa que nada tiene que ver con el mundo de los sueños. Llena los huecos del tiempo y refuerza sus volúmenes. Constituye un testimonio del pasado, con el que sincroniza de tal forma que llega a absorbernos, como cuando contemplamos «Las Meninas» nos encontramos inconscientemente dentro del cuadro velazqueño.

Recordar es un viaje al pasado. Como en el verso de Luis Alberto de Cuenca,

«Quiero volver atrás, al tiempo en que las cosas no eran tan complicadas, y el amor no era odio y la nieve era nieve, y la paz y la guerra eran palabras únicas, distintas, inequívocas, y no la doble cara de un mismo aburrimiento...»

AIRE AMBIENTE

Para el final he dejado lo que siempre consideré pura evidencia. Tras una estancia breve en Gáldar, perfilo una idea confirmada el pasado año. Vuelvo cargado de recuerdos y también de lo que puede llamarse «aire ambiente». Cierro los ojos y veo los ámbitos recorridos. Al evocarlos una y otra vez me doy cuenta de que, incluso para reconstruir imágenes visuales, me sirve más el «aire ambiente» que las fotografías y dibujos. Por algo será que, a veces, los críticos de arte hablen no solamente de color y cromatismo sino también de «ese aire que rodea al cuadro». Hay evidentemente un nexo. Es así que «el aire ambiente» me permite estar en Gáldar: respirar y ver en Gáldar. Un filósofo hipersensible llamado Nietzsche, aca-

so ha sido el culpable de que me interne en esta vía interpretativa. Ahora, en soledad, cuando siento un achabacamiento progresivo en derredor, me voy a Gáldar por la vía del aire ambiente. Cuando en la vida íntima de una persona ocurren ya pocos acontecimientos destacables, el reencuentro con el pasado convertido en presente —presente intenso— es digno de la mayor gratitud.

INDICE

	<u>Pág.</u>
Prólogo	9
Pórtico	13
Itinerarios	17
Dos miradores	19
Signos dramáticos	21
Añoranzas	22
Vida religiosa	25
El mar	28
El hogar	31
El casino	32
El agua	37
La langosta	38
El mercado	40
Tertulias	41
El «zahorí»	43
El «cabito»	45

	<u>Pág.</u>
Callejones	47
Cementerio	48
La huerta	50
Doña Asunción y doña Anastasia	52
Sinfonía del yunque	54
Masito	56
Pepa la Planchadora	58
El barranco	60
Viaje al pasado	63
Aire ambiente	67

